

La caída de los dioses o conviviendo
con el hombre neobicameral

Juan López Chávez

Junto con Marina Arjona Iglesias encabezó el equipo que hizo posible la Maestría en Enseñanza de la Lengua Materna de la Unidad Académica de Letras de la UAZ. Autor de los monumentales libros ¿Qué te viene a la memoria? La disponibilidad léxica: teoría, métodos y aplicaciones y Léxico básico del español de México. Investigador pionero en el mundo hispánico de la Disponibilidad léxica.

*Para Fernando, porque la hizo
Para Morquecho, porque la hace*

Últimamente he afirmado que prefiero un mundo analfabeto que un mundo semianalfabeto, porque el individuo medio alfabetizado se asomó a ciertas posibilidades que le fueron negadas, que le resultó imposible alcanzar, de modo que sus posibilidades no son amplias pero sí anhela que lo sean. El umbral del estrés es, así, mucho más fácilmente rebasado por un semianalfabeto que por un analfabeto, además y que me ha resultado de suma utilidad que el infortunado tampoco cuenta con los elementos que el hombre plenamente alfabetizado le proporciona la «mente letrada» —un concepto que en otros lugares he desarrollado y que me ha resultado de suma utilidad—, elementos entre los que destaca sobresalientemente una «conciencia» —en el sentido que le da Julian Jaynes en *El origen de la conciencia en la ruptura de la mente bicameral*, México, FCE, 1987— poderosa.

Por otro lado, he sostenido igualmente que existe también la mente imaginativa, un cuarto tipo de mente que es el punto que sigue a la que en el párrafo anterior al descubrimiento de la agricultura y continúa con el hombre de mente bicameral —es decir, con el hemisferio derecho y el hemisferio izquierdo del cerebro claramente divididos (consúltese a Jaynes nuevamente—, mente que se construye a causa de los encuentros sociales y sobre todo durante la

existencia de las grandes ciudades, y que duró aproximadamente nueve mil años, del 10,000 al 1,000 a. C., milenio este último en que aparece la «conciencia» y se ubica la evolución primaria de la «mente letrada», dando lugar al hombre lingüístico, ya no bicameral sino dominado por el hemisferio izquierdo del cerebro —unido, sin embargo, al derecho por el recién desarrollado cuerpo caloso que ahora los integra a ambos—, que encuentra los hitos del desarrollo en el ágora griega, en las tribunas romanas, en las universidades del medioevo, en la galaxia de Gutenberg y en los grandes procesos de alfabetización. Se trata del hombre que llega hasta el surgimiento de los sistemas visuales, el hombre que se transformará por último en el hombre imaginativo porque el predominio del hemisferio izquierdo va debilitándose para dar paso otra vez —aunque de modo distinto— al hemisferio derecho, un hombre cuyos antecedentes están en la nueva oralidad que promovió la radio, pero que nace esencialmente con las imágenes del cine y la enorme saturación que habría de producir la televisión desde 1954 hasta ahora mismo.

No estoy seguro de cuál sea el futuro de este hombre, en qué devenga, pero sí tengo razones para pensar que la conciencia que había sido engendrada significativamente por cuestiones lingüísticas se debilita —o se modifica, si prefieren que lo diga sin matices— en favor de una visión o de unas conductas —de una mente, en síntesis— ciertamente diferente.

Por otra parte, también he dicho que los pueblos americanos llegaron más tardíamente que los pueblos europeos a la mente letrada, que incluso se puede creer que la bicameralidad podría haber subsistido en dichas regiones americanas durante más tiempo y en diferentes conformaciones, y que por lo tanto tales regiones, al estar menos arraigadas en la mente letrada, están más expuestas tanto a la pérdida como de la conciencia como a la aceptación de una nueva mente, que podría ser o bien la mente imaginativa, o bien airragas y es lo que plantearía en este escrito airragas podrá ser la mente «neobicameral».

De lo que quiero hablar concretamente en esta oportunidad es de mi idea de que en México hemos perdido, por razones diversas, las jerarquías y las «voces de autoridad», pérdida que nos deja con únicamente una endeble autoridad religiosa, representada solamente por las diferentes advocaciones de la Virgen María. Igualmente quiero llamar la atención sobre esto aún más porque nuestro país constituye una sociedad extremadamente dependiente de los Estados Unidos, nación que también ha perdido las voces de autoridad —o las ha sustituido por otras que casi me atrevo a llamar voces demoníacas—.

Para fundamentar algunas de las cosas que hasta ahora he dicho me valdré de conceptos que Jaynes maneja en el libro ya citado, del que extraeré algunos párrafos a veces extensos. Así, dice el autor en cuestión:

Ruego al lector que no olvide, mientras tratamos de reconstruir la vida social de Eynan que estos natuflenses [el asentamiento al aire natuflense de Eynan fue descubierto en 1959 y se encuentra a unos 19 kilómetros al norte del mar de Galilea en una terraza natural que domina los pantanos y lagunas del lago

Huleh. Se han excavado dos poblaciones permanentes sucesivas, que datan de cerca de 9,000 años a. C.] no tenían conciencia. No podían narratizar y no tenían egos análogos para «verse» a sí mismos en relación con los demás. Eran lo que podríamos llamar esclavos o dependientes de las señales; cada instante respondían señales de un modo parecido a estímulo-respuesta y eran controlados por esas señales.

¿Y qué eran las señales en una organización social así de grande? ¿Qué señales permitían ejercer el control social de sus 200 o 300 habitantes?

He sugerido que las alucinaciones auditivas probablemente evolucionaron como efecto accesorio del lenguaje y sirvieron para que la gente siguiera dedicándose a las tareas más dilatadas de la vida tribal. Estas alucinaciones comenzaron cuando el individuo oyó un mandato de sí mismo o de su jefe. Hay, pues, una continuidad muy sencilla entre esta condición y las alucinaciones auditivas más complejas que, sugiero, fueron las señales de control social en Enyan, y que se originaron en los mandatos y en el habla del rey.

[...] De este modo, cada trabajador que recogía mariscos o que atrapaba caza menor, o que tenía una disputa con un rival o que sembraba semillas donde el grano silvestre había sido cosechado anteriormente, llevaba en su interior la voz de su rey para contribuir y ayudar a la continuidad y utilidad de su trabajo en relación con el grupo (pp. 126-126).

Esta voz es justamente lo que integra las llamadas «voces de autoridad» a que arriba hice alusión. A pesar del surgimiento de la conciencia en años posteriores mantienen esas voces su vigencia en mayor o menor grado, dependiendo del desarrollo de cada pueblo en relación con la mente letrada; si tiene fuerza, las voces la tendrán menor; si no la tiene, las voces la tendrán mayor.

Para Jaynes, por otro lado, todos los pueblos americanos prehispánicos no habrían llegado a lo más a la mente bicameral. Señala:

Creo también que los lugares inhóspitos y singulares en que a veces fueron edificadas las ciudades mayas, así como su repentina aparición y desaparición, se pueden explicar básicamente suponiendo que tales sitios y movimientos fueron ordenados por alucinaciones [voces de autoridad] que en ciertos periodos pueden ser no solamente irrazonables sino sbiertamente punitivas, como fue Yavhé a veces con su pueblo, o Apolo (por medio del Oráculo de Delfos) respecto al suyo, al ponerse del lado de los invasores de Grecia (p. 141).

Si sumamos al hecho de que la base de los pueblos americanos son culturas bicamerales, y que la alfabetización ha sido lenta, tardía y no muy eficaz, la formación de una mente letrada americana se ha visto seriamente obstaculizada, de modo que diría, incluso, que no está formada. Y si a todo esto le añadimos que el trato con la televisión es cotidiano e intenso, podemos dar por cerca-namente seguro que América pasa por un lado de la mente letrada para llegar casi a esa mente neobicameral de que hablé antes. Podemos aplicarle a América, entonces, lo que Jaynes dice de las teocracias bicamerales alfabetizadas.

El aparato divino se estaba forzando. En los primeros milenios de la era bicameral, la vida había sido más sencilla, circunscrita a un área pequeña, con una organización política mucho más sencilla, amén de que los dioses necesarios no eran muchos. Pero a medida que nos acercamos al fin del tercer milenio a. C y llegamos a su fin, el ritmo y la complejidad de la organización social exigen un número mucho mayor de decisiones en un número de contextos también mucho mayor, dentro de cualquier semana o mes. Y de aquí también se siguió la proliferación de deidades que podían ser invocadas en cualquier situación que se le presentara al hombre (p. 175).

Estas complejidades y transiciones llevaban hacia una nueva mentalidad, pero el camino no era nada expedito, sino que estaba lleno de rompimientos y contratiempos. Y cito nuevamente a Jaynes:

Este derrumbamiento de la mente bicameral en lo que se ha llamado Periodo intermedio, nos hace pensar cuando menos en esos desplomes periódicos de las civilizaciones mayas en que toda autoridad se desmoronaba repentinamente y en que la población se unía a la vida tribal de las junglas (p. 176).

Como bien sabemos, México ha sido en toda su época de «conciencia» un pueblo poco cercano a la democracia. Hemos vivido con dos voces de autoridad: la autoridad religiosa —las divinidades y el clero— y la autoridad civil central todopoderosa —los virreyes, los emperadores y, sobre todo, los presidentes de la República—. Estas han sido, pues, nuestras voces de autoridad, que se han retrasmitido —para llegar a todos— por diferentes instancias —los profesores, los diputados, los curas, los presidentes municipales, los padres y las madres, etcétera—. Pero, ¿qué sucede cuando estas voces se silencian, cuando desempeñan tan ineptamente sus funciones que dejan de ser atendidas, oídas siquiera? Pues que se derrumba todo, que el orden se pierde, que nos inunda el caos, que volvemos a la jungla. Y volvimos ya, volvimos.

Desde hace treinta años, a raíz de los sucesos del 68, la voz de autoridad ha venido acallándose porque los presidentes cometían un error tras otro y menguaban irreversiblemente la voz de autoridad. Sin embargo, es en los años de 1993 y 1994 cuando la muerte de un cardenal y la muerte de un candidato presidencial, precipitan un enorme silencio que se hace lapidario con las brutales devaluaciones del peso —que nos han llevado a ser mil veces menos, ¡mil veces!—. Y es que cuando el alto clero se mezcla con el crimen organizado y cuando las supremas autoridades civiles navegan sin rumbo y rompen sus propias reglas, solo nos queda como voz de autoridad la voz divina, de manera que surgen y resurgen entonces todos los fundamentalismos religiosos y vuelven a nacer los hombres sin «conciencia».

Es así —y solo así, es decir por lo que acabo de explicar— que podemos leer en los periódicos cosas como esta:

Los medios han puesto en sus primeras planas y sus tiempos estelares a una nueva estrella del crimen mexicano. Daniel Arizmendi [...] La insensibilidad ejecutora de Arizmendi se ha emblematizado en un detalle: cortaba las orejas a sus secuestrados con tijeras para cortar pollo «como si cortara pantalones», según declaró el mismo Arizmendi. [Héctor Aguilar Camín, «Sótanos a cielo abierto», *La Jornada*, lunes 24 de agosto de 1998].

Por último, la situación de Estados Unidos es sumamente parecida a la de nuestro país en el punto que trato, aunque con causas distintas; existe un enorme paralelismo en muchos de los aspectos que antes mencioné, a pesar —insisto— de las grandes diferencias sociales y económicas y aun gubernamentales que nos separan. No estoy en situación de elaborar hoy sobre esto, por razones de tiempo fundamentalmente, de modo que lo dejaré para ocasión posterior.

Sin embargo, sí quiero hacer una propuesta final. Como profesores, como intelectuales, como individuos pertenecientes al mundo del saber, hemos de trabajar arduamente en formar buenos lectores, buenos redactores, buenos interpretadores, con el fin de lograr ciudadanos de mente letrada. Y al mismo tiempo hemos de enseñarles a manejar con fluidez los códigos visuales, enseñarlos a «leer» la imagen, el filme, el cine, la televisión, para construir en ellos la mente visual y llegar a hacer hombres de mente imaginativa para que nuestras dudas sean solo del tamaño de nuestros ojos —al revés de como le pasa a la joven citada por Fernando— y no rebasen nunca las capacidades de nuestra mente para comprenderlas y aun resolverlas.